

MEMORIAS DE UN ESPÍA ADOLESCENTE

I

El Encantador de Serpientes



Por Francisco M. Rodríguez Segovia



educàlia
editorial

MEMORIAS DE UN ESPÍA
ADOLESCENTE

I

El Encantador de Serpientes



Por Francisco M. Rodríguez Segovia

Primera edición, 2014

Autor: Francisco M. Rodríguez Segovia

Maquetación: Daniela Vasilache

Edita: Educàlia Editorial

Imprime: Escenarigràfic S.L.

ISBN: 978-84-943204-0-8

Depòsit Legal: V – 2454- 2014

Printed in Spain/Impreso en España.

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de ninguna parte de este libro, ni de imágenes ni de texto, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico o de otro modo, tanto conocida como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni está permitido almacenarlo en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Alguna de las imágenes que incluye este libro son reproducciones que se han realizado acogiéndose al derecho de cita que aparece en el artículo 32 de la Ley 22/18987, del 11 de noviembre, de la Propiedad intelectual. Educàlia Editorial agradece a todas las instituciones, tanto públicas como privadas, citadas en estas páginas, su colaboración y pide disculpas por la posible omisión involuntaria de algunas de ellas.

Educàlia Editorial, S.L.

Avda de les Jacarandes 2 loft 327 46100 Burjassot-València

Tel. 960 624 309 - 963 76 85 42 - 610 900 111

E-Mail: educaliaeditorial@e-ducalia.com

www.educalia@e-ducalia.com

ÍNDICE

Capítulo 1: ¡Qué bonitos son los aeropuertos! La salida.....	5
¡Qué bonitos son los aeropuertos! La llegada.....	9
Capítulo 2: La verdadera historia de cómo entré en La Agencia.....	13
Capítulo 3: Una muerte dolorosa.....	20
Capítulo 4: Más mala que un demonio.....	28
Capítulo 5: Primera parte - Las pirámides: el otro secreto.....	33
Capítulo 5: Segunda parte - ¡Menuda sorpresa en Luxor!.....	40
Capítulo 6: Primera parte - ¡Un momento! ¿Quién soy yo? ¿Quiénes sois vosotros?.....	47
Capítulo 5: Tercera parte- Pueden más dos tetas que dos carretas.....	50
Capítulo 6: Segunda parte - Campanas de boda.....	52
Capítulo 7: Luxor / Esna. Una muerte lenta y silenciosa.....	55
Capítulo 8: Los falsos amigos.....	62
Capítulo 9: Esna / Edfu / Kom Ombo. Las cosas no son lo que parecen..	65
Capítulo 10: Dios no existe.....	71
Capítulo 11: Asuán / El Cairo. La maldición del espía de la cara borrosa.	73
Capítulo 12: Le tengo aprecio a mi vida.....	86
Capítulo 13: Resumiendo, que es gerundio.....	88
Capítulo 14: La esfinge te lo cuenta.....	92
Capítulo 15: El momento más inoportuno.....	98
Capítulo 16: Un plan equivocado.....	99
Capítulo 17: El regreso a casa.....	104

Guía de Lectura.....	105
Actividades.....	107
Capítulo 1: primera parte.....	107
Capítulo 1: segunda parte.....	109
Capítulo 2:	111
Capítulo 3:	113
Capítulo 4:	115
Capítulo 5: primera parte.....	116
Capítulo 5: segunda parte.....	118
Capítulo 6: primera parte.....	120
Capítulo 5: tercera parte.....	121
Capítulo 6: segunda parte.....	123
Capítulo 7:	125
Capítulo 8:	127
Capítulo 9:	129
Capítulo 10:	131
Capítulo 11:	133
Capítulo 12:	135
Capítulo 13:	137
Capítulo 14:	138
Capítulo 15:	140
Capítulo 16:	142
Capítulo 17:	144
Archivo del caso.....	146
Webgrafía.....	148

Capítulo 1

¡Qué bonitos son los aeropuertos!

La salida

No sé si os habéis subido alguna vez a un avión. Parece chulo. ¡No! Es chulo. Es tan emocionante que apenas te molestan el zumbido en el tímpano, el dolor de oídos o el taponamiento sordo que te acompaña durante horas una vez que el avión ha aterrizado. Pero si fueseis espías como yo, si tuvieseis que coger un avión día sí y día también, os aseguro que terminaría convirtiéndose en un rollazo:

Primero, tener que preparar las maletas. Mejor de esto ni hablamos, lo digo literalmente, porque es mi madre la que se encarga, yo no sabría ni por dónde empezar, eso sí, llevo una pequeña mochila de lona negra con las cosas que, a mi modesto entender, son supernecesarias para un espía de mi categoría.

Segundo, llegar al aeropuerto con dos horas de antelación para facturar las maletas y posterior embarque. Esto, que en principio puede parecer guay (porque te dedicas a asombrarte viendo despegar aviones desde las enormes cristaleras, a comprarte un bocata o a oír a un montón de gente hablando en idiomas que ni idea, como si manipularas el dial de una radio en el extranjero), se convierte más tarde en una horrible pesadilla. Sí, mis queridos amigos, los sueños, sueños son: cola para pesar las maletas, dolor de pies, cola para comprar un mal bocadillo deshidratado y pagar cuatro veces su precio normal, dolor de pies, cola para pasar por los detectores de metales, dolor de pies..., el guiño al policía y mi mochila que pasa discretamente por el lado ciego del escáner.

Tercero, mi favorito, el que despierta mi lado oscuro, la zona internacional o zona de nadie. Entre el detector de metales y la zona de embarque se encuentra la zona internacional, que es como si ya no estuvieras en tu país, llena de tiendas libre de impuestos en las que, si no fuera por el bofetón que me daría mi madre, la Tresenuno, porque es policía, juez y verdugo a la vez, robaría una chocolatina y me dejaría capturar para ver si me extraditan o, al menos, para ver si me ponen en los carteles de los ladrones de chocolatinas internacionales más buscados.

Cuarto y último, el embarque, normalmente, como en este caso, con al menos una hora de retraso. Éste es un momento de sentimientos encontrados, incluso contradictorios. Desde las cristaleras los aviones parecen pequeños, pero ahora accedes a uno de ellos por un amplio túnel acompañado por más de doscientas personas. Pasas por una puerta pequeña, donde están las azafatas y el capitán en su estudiado y típico ritual de *bienvenido a bordo*. Te indican tu asiento y por fin entras en el avión, enorme, tres columnas de asientos, izquierda, derecha y centro separadas por dos pasillos, tantas filas que no alcanzas a ver el final ni aupándote. Enorme... Una señora que se disculpa pidiendo paso y me marca la cara con la costura del bolsillo trasero de su pantalón vaquero porque no sé quién le ha dicho que los vaqueros son más cómodos para viajar..., a sus setenta años, por Dios, ¡esta marca no se me quitará hasta que lleguemos a El Cairo!, el señor que te dice amigablemente que tiene problemas de circulación y que inclina su asiento hasta metértelo en la boca del estómago cortándote la respiración, la muchacha nerviosa que se gira para reprocharle al atontado de su novio que no haya pedido los asientos correlativos y que en su ímpetu te mete un codazo en un ojo, la abuelita que malcoloca tu mochila en el portaequipajes porque su bolsa de mano es más grande que el baúl de un mago y que termina por tirártelo todo en la cabeza, el turbador olor a pies que disimuladamente va llegando de no se sabe dónde y que termina por impregnarlo todo... Sí, amigos, los nuevos

espías viajamos en turista, un rollazo, como ya os dije, perdemos la noción de los espacios, no sabemos cuándo son grandes o pequeños, y solemos no pensar durante los trayectos para evitar la atractiva idea de que tal vez algunos, solo tal vez, no merezcan llegar al final de este viaje.

Mi misión es bastante sencilla. Acompañado por mis padres, como siempre, tenía que hacer de “mula”, lo que en nuestro argot es algo así como transportista: llegar a El Cairo y recibir un sobre con una información vital que me pasaría un contacto de La Agencia, guardarlo y protegerlo con mi vida si fuera necesario y entregarlo a la vuelta. En realidad, estas misiones se traducían en recoger un sobrecito y, hala, a camuflarme entre el personal del viaje organizado al que pertenecíamos: sitios nuevos, hoteles de lujo, comidas, piscinas, jacuzzi, tumbonas al sol, alguna que otra fiesta especial para guiris donde poder ligar... Lo que aún no entiendo es que mis padres no se cosquen de nada. Los pobrecillos siguen pensando que son los más afortunados del barrio: sorteo de viajecito que haya, sorteo que les toca... En fin.

Sin embargo, el retraso de una hora me iba a venir fatal. Siempre que digo que algo es sencillo o que voy a tardar poco en hacerlo las cosas se tuercen de la manera más insospechada, como cuando dejas un trabajo del instituto para el final y te quedas sin Internet, sin tinta de color, sin tinta negra, cambio de cartuchos pero la impresora no va, el ordenador se cuelga..., tengo un virus..., y tu madre, con calma, burlona pero con esa voz comprensiva contra la que nada ni nadie puede, haciendo oídos sordos a tus improperios y vista ciega a tus ojos desorbitados y rojizos: ¿te habría pasado lo mismo si lo hubieras terminado la semana pasada?

— ¡Joder, mamá, qué sabrás tú de todo lo que yo tuve que hacer la semana pasada!

Leo los paneles de información sobre las salidas y llegadas de los vuelos. La demora es ahora de dos horas. Ya sí que no hay solución.

La Agencia, para no variar, me había pedido la más escrupulosa puntualidad. Una de las pocas cosas en que se parecen las pelis de espías a la vida real de un espía es en la necesidad de puntualidad. Es como si todo formara parte de un engranaje debilucho que se va formando poco a poco, justo ahora, donde cada pieza encaja por los pelos. Si una pieza falla, si no llega a tiempo, el sistema se colapsa, queda huérfano, y todo se desmorona. Entonces te pasas días viendo caer esas piececitas en tu mente, reuniéndolas para recolocarlas e intentar arreglarlo de la manera que sea, procurando no pensar en el pellizco que sientes en el estómago, mitad vergüenza mitad pena, como cuando desmontas el reloj que te regaló la abuela y sabes que, aunque lo montes, ya nunca será el mismo reloj: pesa menos porque le sobran piezas.

Le estoy temiendo a esta misión. A partir de ahora todo depende de la suerte, aliada esquiva para un espía. Me estoy poniendo un poco nervioso. Lo mejor es que me duerma y cuando despierte ya estaré en El Cairo. Una vez allí, tal vez se me aclaren las ideas. A ver si tengo un poco de suerte y la niñata esta se calla de una vez y deja de decirle al novio de detrás cuánto lo quiere, así el anormal dejará de zarandearme al agarrarse al respaldo de mi asiento cada vez que se incorpora para decirle que él también y muac, muac, muuuac.

Dios..., cómo huele a pies..., voy a dar la vida.

Capítulo 1

¡Qué bonitos son los aeropuertos! La llegada

Estamos en el Aeropuerto Internacional de El Cairo, Egipto. No sé si es bonito o es feo. Es un aeropuerto por la parte de dentro. Un autobús te trae hasta la terminal y a andar, andar y andar por enormes pasillos hasta llegar a la aduana. Es uno de los momentos en que me pongo un poco nervioso. Bueno, muy nervioso. Me imagino que me van a reconocer y a detener y, sinceramente, lo paso tan mal que se me descompone el vientre, por eso, después de que me sellen el pasaporte, siempre salgo disparado buscando el servicio de caballeros.

Mientras nos dirigimos a las cintas portaequipajes voy pendiente de cualquier cara que pueda resultarme sospechosa, no sé, algo que me haga pensar que es alguien de La Agencia, mi contacto. No iba a tener esa suerte. Pasan más de dos horas de la cita convenida y, además, no sé para qué diantres me molesto: yo también soy de La Agencia y no tengo cara sospechosa, por eso precisamente soy de La Agencia, así que imposible saber quién es o no es un espía. Bueno, pues a pegarme a mis padres, no vaya a ser que además me pierda y la liemos.

Estaba entretenido en la cinta portaequipajes viendo cómo algunos se enfadan porque no aparecen sus maletas y otros, impacientes, se confunden sin aparente mala intención, cuando de repente siento algo apretando en mi espalda. Es algo duro, no tanto como una pistola. Me quedo frío. Corren rumores de que el envenenamiento es uno de los métodos preferidos para matar a un espía. Estás en un aeropuerto, en una estación de autobuses, en una tienda repleta de gente y de

pronto sientes algo en la espalda, algo indefinible, una presión que tal vez se parezca a un pinchazo, y entonces ya estás infectado porque te han inoculado el veneno, el virus o lo que sea. Y ya está en tu sangre y tú estás muerto, pero aún no lo sabes. Vuelvo a sentirlo de nuevo, esta vez son dos golpecitos. Me giro. Es un niño de unos seis años. Lo sé, soy un poquitín aprensivo, pero digáis lo que digáis, la muerte no entiende de edades. Algún día os contaré cómo fue la primera vez que morí y entenderéis de lo que hablo. El niño me sonrío, supongo que por verme la cara blanca y descajada, y me entrega un envoltorio de chupa-chups¹ de fresa y nata meticulosamente doblado. Lo desdoble despacio, teniendo cuidado de que nadie pudiera leerlo por encima de mi hombro: *Encuentra al Encantador de Serpientes, es tu única oportunidad*. Levanto la cabeza y busco entre la multitud al niño pequeño, necesito que me dé más información. Casi no recuerdo su cara, tiene una cara de lo más normal, como la mía, por eso pasamos desapercibidos con tanta facilidad. Me parece verlo a lo lejos, saliendo del aeropuerto, de la mano de sus padres. Algo dentro de mí se llena de orgullo y satisfacción y se me saltan las lágrimas. Desde luego, cada vez los reclutan más jóvenes. ¡Ay..., parece que fue ayer cuando yo era el benjamín de La Agencia!

Encuentra al Encantador de Serpientes, ¡claro, como si eso fuera tan sencillo! Dónde, cómo, para qué... Me siento con mis padres en uno de los restaurantes del aeropuerto, que por fuera recuerda a un gran centro comercial de dos plantas con unas enormes escaleras mecánicas que lo divide en dos partes iguales. El suelo del restaurante es de mármol beige adornado por dibujos de cuadrados dentro de otros cuadrados, con lo que al final parecen rombos. Los asientos son acogedores, de cuero rojo y patas en madera negra, sin embargo no paro de moverme, con la consiguiente regañina de mis padres: que si ya está el niño como siempre, que si es un desagradecido que no sabe valorar nada, que la próxima vez venimos solos...

¹ Consulta el 'Archivo del caso' al final del libro.

— ¡Eso! ¡Viva la responsabilidad paterna! Está muy bonito eso de tener niños y dejarlos luego por ahí abandonados para ir de vacaciones.

No podía decirles nada de lo que se me pasaba por la cabeza. La misión, llegar tarde, la misteriosa nota y el encantador de serpientes: Me gustaría sincerarme. Contarles que, lejos de que se me hubieran aclarado las ideas, no sabía qué demonios hacer. ¡Soy un niño!, ¿lo entendéis? Me da miedo moverme por ahí solo. Estoy en un país extranjero y no soy tan autosuficiente como a veces me gusta aparentar.

— ¡Mira, nuestro guía! —, dice mi madre.

Es un hombre alto, narigudo, de piel morena y pelo recio, ondulado y moreno también. Debe de ser viejo, como mis padres más o menos, rondando los treinta y cinco. Además, se van haciendo sitio dos enormes entradas en la cabeza que pronostican calvicie temprana. Lleva en la mano un cartelito con el nombre de la agencia de viajes y una banderita roja que ya vamos siguiendo obedientemente. A la salida del aeropuerto hay un pequeño monumento que me gusta, es como una enorme bola del mundo plateada colocada sobre una base circular de césped que recuerda a los anillos de Saturno. Realmente no es más que una rotonda, pero resulta muy original. Subimos al autobús que nos irá dejando en los distintos hoteles que cada uno haya contratado. El guía conecta el micrófono. Para comprobar si la conexión está bien, le da unos golpecitos que retumban como cohetes en los altavoces del autobús. Todos lo miramos y él carraspea desagradablemente. Entonces habla.

— Buenos días, mi nombre es Ahmeh y voy a tener el placer de ser su guía durante todo el viaje. Bueno, lo primero es darles la bienvenida a mi país, Egipto, misterioso y faraónico por un lado y moderno y cosmopolita por otro, es decir, un Egipto que es en sí la puerta a dos mundos bien distintos. Con más de 5000 años de historia, es una de las civilizaciones más enigmáticas del mundo, fuente de mitos y leyendas, películas y novelas.

También tengo que pedirles disculpas por haberme retrasado, pero ya verán que el tráfico en la ciudad de El Cairo es caótico. La ciudad tiene ocho millones de habitantes, la más grande de Egipto, pero son casi veinte millones de personas las que diariamente vienen a la ciudad por motivos de trabajo, así que se podrán hacer una idea... El Cairo rebosa vida, paraíso para los arqueólogos, historiadores y estudiosos del arte. En la meseta de Gizeh se erigen las tres pirámides, es la única de las Siete Maravillas que aún se conserva. Muy cerca está la misteriosa Esfinge, un león colosal con la cabeza de Faraón. Podrán visitar el Museo Egipcio de Antigüedades, famoso por su colección de reliquias y vestigios de una civilización que floreció 6000 años atrás o el Bazar Khan-el-Khalini, uno de los más célebres de Oriente, formado por callejuelas con innumerables tiendecillas. Si les gusta regatear, acabarán comprando por menos de la mitad del precio inicial. Podrán visitar también la Ciudadela de Saladino y la Mezquita de Alabastro, con sus minaretos turcos y adornos de alabastro y mármol.

Otra cosa más..., antes que nada tengo que decirles que va a haber un pequeñísimo cambio en el programa porque han tenido la enorme suerte de llegar la tarde antes de la exhibición de los fakires encantadores de serpientes, una tradición milenaria, de manera que en lugar de visitar la plaza Midan Tahrir el jueves, lo haremos mañana por la tarde, así podrán disfrutar in situ de uno de los espectáculos más impresionantes del mundo.

— ¡Al fin un poquito de suerte! —, me digo a mí mismo entre dientes mientras el guía sigue hablando sin parar. Es un tipo nervioso y dicharachero que habla atropelladamente mezclando las ideas que le vienen a la cabeza con los textos memorizados de alguna guía sobre Egipto, pero tiene algo en su forma de ser que, mezclado con su acento, infunde una agradable y simpática confianza. Pocas veces había visto un nivel de campechanía tan alto en una persona.

— Ya está el niño quejándose otra vez —, dice la Tresenuno, equivocándose por supuesto. — Verás el bofetón que te voy a meter como me des el viaje.

Capítulo 2

La verdadera historia de cómo entré en La Agencia

No penséis que hacen falta dotes especiales para ser espía. Realmente, cualquiera de vosotros podría entrar a formar parte de La Agencia. Sólo tenéis que estar ahí en el momento oportuno..., y una cosa lleva a la otra.

Dicen que soy un chaval muy inteligente, pero lo dudo, porque si lo fuera me imagino que notaría algo, no sé, supongo que me daría cuenta, como una intuición o un peso en la cabeza o algo así. Incluso mis padres tienen un discurso dividido al respecto: por un lado, mi madre cuando hace de madre, que dice que su niño es más listo que el hambre; por otro lado, mi padre, que dice que estoy atontado, siempre pensando en tonterías y en cosas raras que no sé muy bien qué son pero que él llama musarañas y, por último, mi madre cuando hace de la Tresenuno, que dice que lo de bobalicón es genético, que viene de familia, más en concreto, de la familia de mi padre. O sea, que no entré en La Agencia por listo, eso parece estar claro.

Entonces, ¿cómo lo conseguí? Leed. Pero ya os aviso que no fue por un motivo muy guay que digamos.

Un día que venía yo de Jefatura de Estudios de resolver un pequeño altercado que ahora no viene a cuento (pero que quede claro que no fui yo el que puso Loctite en la silla de doña Librada, que el pegamento atravesó la falda y la pobre señora tuvo que ir al médico para ser atendida de quemaduras de segundo grado, y está muy feo que lo culpen a uno de algo que no ha hecho, sobre todo si es algo tan grave, y más sobre todo aún si se trata de la profesora de matemáticas, que tiene una fama que ni os cuento. Ya me veía envejeciendo en el

instituto, con los grilletos puestos y marginado para siempre, con el estigma en la frente, el signo de la raíz cuadrada, así se escribe la V de venganza de La Numerobis, su marca preferida:

— Señorita —, diré yo entre toses. — ¿Puedo ir al servicio?

— Sabe que usted no tiene derecho a ir a ningún sitio —, dirá ella saboreando su victoria.

— Por favor, señorita Librada. Ya sabe que a mi edad la próstata se vuelve remolona y...

— Ya le he dicho a usted que no.

— Es que me hago pipí.

— No insista.

— Pero es que...

— ¡Que no!)

Bueno, pues a lo que iba, que ese día, al volver a clase, me topé con unos chavales cuya conversación me dejó intrigadísimo:

— ¿Tú la has recibido? —, decía el más alto, el de la cara de golondrina.

— Yo no, pero Josué también la tiene —, decía el de las orejotas picudas.

— Yo tampoco —, dijo uno al que nadie le había preguntado. Tenía pinta de zampabollos o, al menos, de haberse zampado a un par de alumnos de primero de la ESO. — Le preguntaré a mi hermano.

— Yo sí la he recibido. Llegué a mi taquilla y allí estaba.

Entonces, el que acababa de hablar, un nifúnifá, que es como yo suelo llamar a las personas que son difíciles de describir porque no tienen rasgos relevantes en su fisonomía, enseñó un sobre.

— A ver que la lea —, dijo El Golondrina sacando la carta del sobre. — Es igual que la mía.

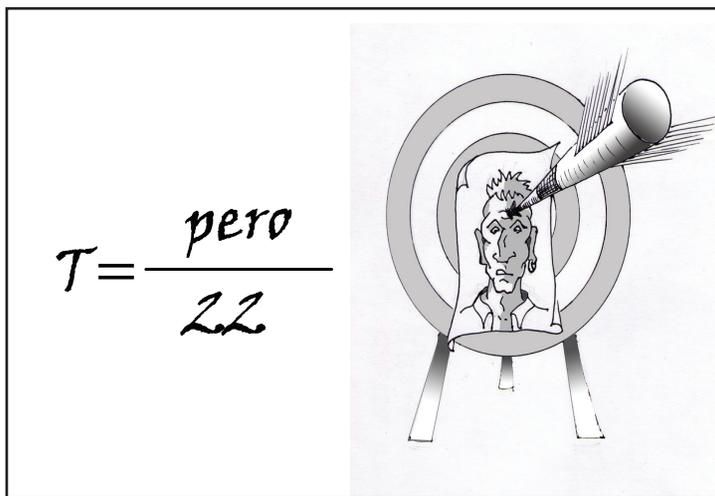
— ¿También te citan a la misma hora? —, preguntó el Nifúnifá.

— Esta tarde a las cinco en el servicio de chicos —, le respondió El Golondrina.

— Mira que si es una trampa... —, iba diciendo el Zampaniños cuando giraron por el pasillo para volver a sus aulas.

Cuando sonó el timbre para el cambio de clase, fui rápidamente a mirar en mi taquilla. No había ninguna carta. Busqué mejor, desordenándolo todo. No había ninguna carta. ¿Por qué algunos la habían recibido y otros no? Esos alumnos eran mayores que yo. Tal vez ése era el motivo. Tenía que investigar más a fondo.

Esa misma tarde me acerqué al instituto media hora antes de lo que se indicaba en las cartas. Había pensado que si me decían algo, por ejemplo, dónde estaba mi carta, yo diría que se me había olvidado por los nervios o, sencillamente, ya improvisaría cualquier cosa, que eso sí se me daba bien. Llegué al servicio esperando encontrarme allí con alguien, pero aún no había nadie. Entonces fue cuando vi el cartel, enorme, con letras mayúsculas: COGE UNO. Y debajo unos sobres exactamente iguales a los que llevaban esos chicos por la mañana. Miré a ambos lados. Como no había nadie, hice caso y cogí uno antes de salir corriendo. Cuando estuve a una distancia prudencial del instituto, me senté en el sardinel de una puerta y abrí el sobre, en cuya solapa del remite se leía “Viernes”:



¡Mierda!, era un acertijo. Con lo mal que se me daban a mí los jeroglíficos.

Al día siguiente venía yo curiosamente de la Jefatura de Estudios de solucionar un problemilla que ahora no viene al caso (pero que conste que no fui yo el que cambió la hora del entierro del padre de don Torcuato, El Mofeta. El papel que estaba sobre la mesa de la sala de profesores..., ni siquiera lo vi. Además, esas cosas no se hacen, y menos si son para jugar con los sentimientos de las personas humanas en un momento tan delicado. Imaginaos al pobre Mofeta, allí con su padre muerto, más solo que la una, y al resto de profesores llegando dos horas más tarde, llamando al móvil de El Mofeta, que ha decidido desconectarlo con esas manitas de ardilla que tiene antes de decidir que no volverá a hablar jamás con ninguno de sus ex-com-pa-ñe-ros). Bueno..., que me enrollo y no acabo nunca. Pues iba yo para clase sin acordarme ya de la carta, cuando me cruzo con el Capitán Spok, el niño de las orejas picudas de ayer, y se me ocurrió probar:

— Oye, ¿te lo han contado? —, le dije.

— ¿El qué?

— Pues lo que venía en la nueva carta, lo del jeroglífico.

— Ah, sí... Son todos iguales.

— Esperaba algo más inteligente —, le dije intentando dar por fin mi golpe maestro. — Parece que quien sea nos ha tomado por tontos.

— Sí. La verdad es que ha sido muy fácil. En cuanto me lo enseñaron encontré la solución: “Te espero sobre las diez de la noche en...” Pero tú ya lo sabrás.

— Por supuesto que sí —, mentí claramente mientras pensaba: a las diez dónde, dónde, dónde...

— Oye, no sabía que los de otros cursos más pequeños también habían recibido la carta. Esto no cuadra con mi hipótesis —, dijo el Capitán Spok poniéndose serio, dudando de mí.

— ¿Qué hipótesis? —, me atreví a preguntar mientras imaginaba que, si quisiera, podría clavarme en el pecho una de sus orejas picudas y yo moriría allí mismo, fulminado por aquellas armas blancas desclasificadas y cuyo uso debería estar prohibido por la ONU. El

simple hecho de exhibirlas debería conllevar una sanción, una multa o algo así.

— Al parecer, las cartas han sido recibidas por chicos y chicas que son hijos únicos, de la misma edad y nacidos todos en el mes de marzo. Pero tú eres una excepción. Esto es muy raro —, dijo el Capitán Spok ajeno a mis pensamientos anteriores.

Lo de excepción sonaba bien. Podría haberme hecho el importante, pero si su hipótesis era cierta, habría alguien que se habría quedado sin carta. Las pistas conducirían inexorablemente a mi persona, pues yo mismo me había delatado y esto, en lugar de sonar bien, empezaba a sonar a paliza en el recreo.

— Pues olvídate de la hipótesis —, dije disimulando como el que no quiere la cosa. — Mejor que no la cuades más, porque me consta que la carta ha llegado a manos de otros muchos alumnos de mi edad.

¡Hala!, y ahora, mejor largarse de aquí.

Sabía dos datos, el viernes y las diez de la noche, pero me faltaba el dónde. Iba urdiendo un plan para resolver el problema cuando me topé con el Zampaniños en el aula de convivencia.

Seguramente habría sido expulsado de clase por haberse comido a un compañero. No había nadie con él. Supongo que el profesor de guardia habría ido al servicio o a tomarse un café, así que le siseé para llamar su atención:

— Dile a tus amigos que es una trampa, que no vayan —, le dije con un tono cómplice de preocupación y misterio.

— ¡Lo sabía! Sabía que lo del fotomatón del centro no era nada bueno. ¿Quién te lo ha dicho?

— Lo siento, no puedo contar más. Me estoy jugando el tipo.

Angelito. Había sido tan fácil que me daba hasta un poco de pena aquel niño gordito que no le había hecho ningún mal a nadie.

Por fin llegó el viernes. Igual que la vez anterior, había pensado adelantarme media hora y probar suerte. No había nada extraño fuera del fotomatón. Ojalá no haya más sobres con otras pistas, pensé, y

descorrí la cortinilla azul de la entrada a la máquina. La comprobé de arriba abajo, también debajo del asiento de escay: ningún sobre, ninguna carta. Entonces me senté pensando que aquel jueguito no era más que una tomadura de pelo y fue cuando se disparó el flash, solo una vez, en lugar de las cuatro veces de rigor que suele hacerlo. Salí de la máquina y esperé la foto revelada, pero nada de nada. En ese momento vi que se acercaban algunos alumnos del instituto y corrí a esconderme tras la esquina del banco Santander. Entre ellos creo que iba el Nifúnifá, pero no podría asegurarlo, apenas si recuerdo su cara. Fueron entrando uno a uno y, al igual que en mi caso, un solo flash, perplejidad, espera de la foto, nada de nada, alguna que otra patada y adiós.

Pasó el tiempo y poco más se supo de aquello. Nosotros mismos nos habíamos esforzado en borrarlo de la mente. No era agradable ser el hazmerreír de todo el instituto. Quien fuera se había burlado bien de todos nosotros.

Un día llegó el Jefe de Estudios a clase y me dijo que quería verme en su despacho en menos de cinco minutos. Supuse que era para arreglar un pequeño asunto que ahora no viene al caso (pero que quede claro que no he tenido nada que ver con los papeles informativos que se le ha repartido al alumnado avisando a los padres de que mañana no habrá clases debido a una plaga de pulgas. Es una broma de mal gusto. Nadie debería jugar con nuestro derecho a la educación)... En fin, que en dos minutos me planté en el despacho del Termineitor y nada más entrar supe que algo no iba bien. Dos hombres de semblante serio me pidieron cortésmente que me sentara. Había escuchado hablar de nuevas metodologías educativas, así que supuse que la cortesía era una de esas nuevas estrategias correctoras. Sacaron una carpeta que contenía varias fotos, entre ellas la mía. La pusieron sobre la mesa. Me miraron y se miraron.

— No sabemos cómo lo hiciste, pero llegaste al fotomatón y eso es lo que importa. Lo que tenemos que proponerte cambiará tu vida

por completo, pero depende de ti. Si eliges saber, ya nada será como antes y no habrá marcha atrás; si eliges no saber, saldremos de aquí y en dos días habrás olvidado que nos viste.

Desde luego no tenía ninguna duda de que me olvidaría de ellos. Tenían una de esas caras nifúnifá que había que mirar muy atentamente para saber que, efectivamente, no estaba solo en aquel despacho.

— Elijo saber —, dije sin estar muy seguro.

Entonces me contaron que trabajaban para La Agencia y que eran los encargados de captar nuevos espías, que los tiempos habían cambiado y que era muy común usar chavales para las misiones, que nadie debía saber jamás nada, incluyendo a mis padres, bajo seria amenaza de muerte, que el *modus operandi* de La Agencia estaba fuera de toda sospecha, un sorteo, de repente la suerte que está de tu parte y, hala, a viajar, que las misiones son vitales para nuestro país y blablablá...

Y eso es todo, amigos. Me hubiera gustado contaros que al menos entré en La Agencia por deportista, que es la otra opción socialmente aceptada cuando uno no tiene dos dedos de frente, pero suelo arrimar a mi cuerpo serrano algunos quilillos de más, por no contar lo patoso que soy. Sin embargo, fue por algo tan tonto como presentarme a un casting y, en los tiempos que corren, un casting es un casting, en este caso, de caras. Al parecer, las fotos son enviadas a unos tipos sesudos con bata blanca, unos eruditos de la memoria de esos que con mirar la página de un libro ya se saben todas las letras y las retienen en su justo orden en la cabeza. Las miran y remiran, asignándole a cada una una letra y, ¿a que no sabéis cuál es la foto que quedaba siempre deshermanada? Pues sí, la mía.

No soy nadie. Nadie me recuerda. Es así de triste, pero ése fue el motivo de mi éxito. Ya os dije que no iba a ser nada guay..., y no os mentí.

Mi nombre en clave es Frani.

Capítulo 3

Una muerte dolorosa

Nos habíamos levantado tarde. El viaje y las horas de espera nos habían dejado exhaustos. Por suerte, al cambiar el orden de las visitas programadas, la mañana había quedado libre. Desayuné en el bufé del restaurante del hotel. Me encanta escabullirme de la mirada de La Tresenuno para mezclar alimentos irreconciliables. Sabía que después tendría una buena cagalera, pero me daba igual: “Eso te pasa por mezclar aceitunas con mermelada, y huevo, y beicon, y piña en almíbar, y el picante con el sándwich de jamón de York...”. Y hala, corriendo otra vez al cuarto de baño, soportando la voz de mi madre detrás de la puerta, con ese tono chocantón que usa cuando toca reñir y que tiene un inusitado efecto laxante.

Después de ese pequeño imprevisto, me fui al hall del hotel, a la zona Wi-Fi, para chatear un poco con algunos amigos. Ellos estaban igual de aburridos que yo. Caí en la cuenta de que daba igual el lugar en el que estuviéramos, así que llegué a la conclusión de que el aburrimiento debía estar ligado a la edad y a nuestra propia ineptitud para sacarle partido a la vida. Patético, ¿verdad? En estos pensamientos sobre mi propia psicología estaba cuando me recogieron mis padres. Según informe exhaustivo de mi padre, habíamos quedado con Ahmeh a las siete de la tarde directamente en la plaza Midan Tahrir, así podríamos entretenernos más tiempo en el centro al no tener que volver al hotel. Además, visitaríamos, según incontestable decreto paterno, la Mezquita de Omar Makra, el Hotel Hilton Nilo, parada para comer y buscar la calle Sharia Tahrir para llegar al puente que atraviesa hasta la isla de Gezira, barrio lujosísimo